



'Señora, yo me quiero ir a la guerra  
con el Príncipe Cardenal  
Alberto que ha venido de Portugal  
y va a gobernar Flandes'.  
'Rapaz que no salió del cascarón,  
me contestó mi madre, y quiere ya  
irse a la guerra... No. Te he encontrado trabajo  
con un platero'.

El primer día me mandó por agua  
la mujer de platero y le dije  
que no fui allí a servir sino a aprender oficio.  
Levanté y le tiré la cantarilla  
a ver si la descalabraba,  
volví a casa gritando que de aguador yo no  
y apedreé al platero cuando vino a quejarse  
y llegó gente y reprochó a mi madre  
que quisiera forzar mi inclinación  
de libertad.

'Señora, está cargada vuesa merced de hijos,  
deje que vaya éste a ganarse  
la vida con el Príncipe', insistí.  
'Bueno, Alonso, pero no tengo  
que te dar'. 'Yo lo busco, no importa'.  
Comprome una camisa, zapatos de carnero,  
me dió cuatro reales y echó la bendición  
y de catorce o quince años,  
concluyendo el estío, salí al alba  
tras las trompetas.

Vi un turroneiro en Alcalá de Henares  
con naipes y, como aficionadillo,  
saqué mis cuatro reales. Ganómelos  
y luego la camisa y los zapatos  
y la capa de mala muerte  
hasta que quedé en cuerpo, buen barrunto  
de que iba a ser soldado, sin ni lo puesto.  
El hombre de las cartas me consoló con un real  
que le pedí y me dio también  
un poco de turrón de alegría,  
con que me fui sintiendo que era yo  
el ganancioso